

AÑO 10 NÚMERO 18, JULIO-DICIEMBRE 2026, PP. 50-66
ISSN: 2954-4246, <http://amox.buap.mx>

LA CULPA DEL SOBREVIVIENTE Y LA POSMEMORIA EN LA NOVELA *JAMÁS, NADIE* DE BEATRIZ RIVAS

SURVIVOR'S GUILT AND POST MEMORY IN BEATRIZ RIVAS' *JAMÁS, NADIE*

LUISA MARÍA CABALLERO CORTÉS

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA PUEBLA (MÉXICO) DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES

<https://orcid.org/0009-0009-6223-6469>

luisa.caballero@iberopuebla.mx

Fecha de recepción: 30 de septiembre de 2025

Fecha de aceptación: 11 de junio de 2026

Resumen:

Este artículo analiza cómo se manifiestan los sentimientos de culpa del sobreviviente y la construcción de la posmemoria (Sarlo) en la novela *Jamás, nadie* de Beatriz Rivas. A través del personaje de She Yan, quien presencia la matanza de chinos en Torreón durante la Revolución mexicana, y de su hija Mía, quien décadas después reconstruye su historia familiar, se examinan los efectos del trauma (LaCapra) en la identidad, la memoria personal y transgeneracional. El análisis se enmarca en los temas de violencia étnica (sinofobia) y narrativa de la migración en la literatura mexicana contemporánea. La novela se presenta como un espacio ficcional donde se confrontan el silencio histórico y la necesidad de elaborar el pasado desde la perspectiva de los descendientes.

Palabras clave: Violencia étnica, sinofobia, trauma, violencia extrema.



Abstract:

This article analyzes how survivor's guilt and the construction of postmemory (Sarlo) are manifested in the novel *Jamás, nadie* by Beatriz Rivas. Through the character of She Yan, who witnesses the massacre of Chinese people in Torreón during the Mexican Revolution, and his daughter Mía, who decades later reconstructs her family's history, the effects of trauma (LaCapra) on personal, transgenerational, and identity memory are examined. The analysis is framed around themes of ethnic violence (Sinophobia) and migration narratives in contemporary Mexican literature. The novel is presented as a fictional space where historical silences are confronted and the need to process the past from the descendants' perspective is foregrounded.

Keywords: Ethnic violence, Sinophobia, trauma, extreme violence.

Marco teórico contextual

La novela *Jamás, nadie* se circunscribe dentro de los temas de la discriminación étnica y la sinofobia, que se materializan en un acto de violencia extrema como lo es una masacre. Este episodio, casi olvidado en la historia de México, se llevó a cabo durante la Revolución —específicamente en 1911—, un periodo de crisis, anarquía y confusión que despertó el odio acumulado hacia lo extranjero, específicamente lo chino. En un momento en el que la ideología propagada por los movimientos anti chinos toma forma y provoca un baño de sangre.

La Matanza de Chinos en Torreón fue un episodio trágico de violencia racial. En esa época, México atravesaba un periodo de gran inestabilidad política y social, lo cual fue el detonante para que un grupo de trabajadores chinos que vivían en la región fueran objeto de ataques violentos. El conflicto comenzó por un cúmulo de tensiones sociales y económicas, pues muchos mexicanos vieron a los chinos como competencia desleal en el mercado laboral. Beatriz Rivas lo describe en la novela de la siguiente manera:

En los últimos meses se ha enterado del creciente rechazo a

los súbditos celestes. Él mismo atestiguó, durante la reciente ceremonia para conmemorar la Batalla de Puebla en Gómez Palacio, el discurso contra los chinos en boca del albañil Jesús Flores, acusándolos de robarse empleos (13).

La situación se desbordó cuando un rumor sobre una supuesta traición de los chinos al bando revolucionario circuló entre la población. A pesar de que no había evidencia que respaldara esta acusación, el resentimiento popular alimentado por la oligarquía empresarial y la política de estado se canalizó hacia la comunidad china. El 13 de mayo de 1911 una turba de mexicanos, en su mayoría campesinos y trabajadores, atacó los negocios y casas de los chinos en Torreón. A lo largo de tres días, 303 chinos y cinco japoneses fueron asesinados, sus comercios saqueados y sus viviendas destruidas. En la novela, un personaje menciona que: “No le es posible adivinar que en el puesto de la Cruz Roja de la Avenida Hidalgo yacen 129 cadáveres de chinos y otros 75 en el de la Avenida Morelos” (Rivas 13). Es importante resaltar que la reparación de los daños nunca ocurrió y que, incluso en la actualidad, es un suceso poco conocido en la historia del estado de Coahuila y de México como país.

Por otro lado, es necesario definir algunos conceptos clave para el análisis, como son la violencia étnica, la sinofobia, la culpa del sobreviviente y la posmemoria. La violencia extrema es el punto de partida de la novela, pues es el móvil de la narración y por lo tanto de este análisis. Según Matthew Lange en su obra titulada *Killing Others: A Natural History of Ethnic Violence*, “la violencia étnica tiene tres características esenciales: enfrenta a los habitantes de un mismo país, es una forma de violencia colectiva en la que participa una multitud y es motivada por las diferencias étnicas” (7). Estas características se encuentran presentes en ambas líneas narrativas de la novela, aunque de forma explícita en la de Yan, y de un modo mucho más sutil en la de su hija. Aunado a esto, y hablando de manera más específica para el caso del racismo hacia la población china, se encuentra el concepto de la sinofobia.

Este término hace referencia a un sentimiento de aversión u odio hacia China, su gente y su cultura, en especial a las minorías que migran a otros países. La relación de este concepto con la matanza tiene una raíz aún más profunda, pues no se basa solo en un momento de violencia sin sentido, sino que es el resultado de los incentivos de la propaganda anti china que diversos movimientos se encargaban de difundir. Jorge Gómez Izquierdo ha publicado varios artículos sobre el racismo antichino en México, así como su tesis titulada *Movimiento antichino en México (1871-1934)* en la que desarrolla el tema de los problemas del racismo y del nacionalismo durante la revolución mexicana. Robert Chao Romero también aborda este tema en su libro *The Chinese in Mexico 1882-1940*; en el capítulo en el que se enfoca en la sinofobia y el movimiento anti-chinos menciona a Sonora como el epicentro.

Romero establece a la población de clases media y baja como los principales promotores de la hostilidad contra los chinos, debido a que los percibían como los causantes de los problemas económicos del país. Menciona que se quejaban de la prosperidad de los negocios de estos extranjeros, ya que crecían con rapidez en comparación con los de los propios mexicanos: “Este éxito económico generó un profundo resentimiento en los emprendedores y comerciantes mexicanos y condujo al surgimiento de las campañas anti-chinas” (Romero 157). Este odio era manifestado de manera sistemática, mediante la creación de clubes y organizaciones, así como de publicaciones en periódicos, la participación en protestas y la promoción de boicots de negocios chinos. Además, en su propaganda intentaban desprestigiar desde distintos ángulos a los migrantes chinos:

Los defensores de las campañas antichinas, en su discurso de nacionalismo económico, acusaban a los inmigrantes chinos de acaparar el comercio minorista, perjudicando a los comerciantes mexicanos y frenando el desarrollo económico del país. Acusaban también a los chinos de competencia desleal, de ocupar empleos tradicionalmente desempeñados por mujeres mexicanas y de inflar los precios de los alimentos básicos (Romero 159).

Otras de las críticas se centraban en que los chinos enviaban parte de su dinero a sus familiares en China en lugar de gastarlo en México, en que los matrimonios entre chinos y mexicanas solo conduciría a la degeneración de la raza, en que los migrantes de China presentaban una amenaza para la salud pública porque traían enfermedades y no tenían hábitos higiénicos, y en que las comunidades chinas creaban organizaciones mafiosas que promovían la migración ilegal, las apuestas y el comercio de opio. De manera que, es posible apreciar que la sinofobia en el México revolucionario fue un movimiento de violencia sistemática en donde una masacre fue el resultado de un discurso de odio generalizado. Todos estos ejemplos aparecen plasmados en distintos momentos de la novela, pues la vida de She Yan tras este momento traumático es aún marcada por el racismo; desde que le impiden casarse con la mujer que ama hasta obligarlo a abandonar su empleo y mudarse a la capital.

Por otro lado, la culpa del sobreviviente, según Muñoz Serna, se caracteriza por ser “una condición psicológica adversa en la que el sujeto se responsabiliza, contra evidencia, por una situación en la que percibe que ha escapado de un daño, mientras que otros, con los que tienen una conexión caracterizada por el deseo de bienestar, no lo han hecho” (*Culpa sin trasgresión: un análisis filosófico de la culpa del sobreviviente* 44). En la novela, el protagonista vive con el peso de esta culpa y es parte fundamental de su desarrollo, pues moldea su personalidad así como sus acciones durante su juventud. Este concepto se relaciona con el trauma, sobre el cual habla LaCapra en su libro *Escribir la historia, escribir el trauma*: “El trauma es una experiencia que trastorna, desarticula el yo y genera huecos en la existencia; tiene efectos tardíos imposibles de controlar sino con dificultad y, tal vez, imposibles de dominar plenamente” (63). Al tener en cuenta ambas definiciones, es posible afirmar que la culpa del sobreviviente es una secuela de un evento traumático. La culpa con la que carga She Yan se deriva del impacto proveniente del trauma que la masacre le ha

dejado, y al no haberla tratado, le ha dejado secuelas psicológicas y emocionales, como ejemplo de ello está la dificultad para crear una relación cercana con su propia hija.

En relación con el trauma es necesario mencionar los conceptos de “Acting out” y “Working through”, también abordados por LaCapra. Estos se refieren a la respuesta que se tiene al trauma a largo plazo. Mientras que el primero hace referencia a “situaciones en las que el pasado nos acosa y nos posee, de modo que nos vemos entrampados en la repetición compulsiva de escenas traumáticas, escenas en las que el pasado retorna y el futuro queda bloqueado o atrapado en un círculo melancólico y fatal que se retroalimenta” (45-46); el segundo trasciende el recuerdo y, por lo tanto, “nos es posible distinguir entre pasado y presente, y recordar que algo nos ocurrió (o le ocurrió a nuestra gente) en aquel entonces, dándonos cuenta empero de que vivimos aquí y ahora, y hay puertas hacia el futuro” (46). Una manera de interpretar estos conceptos es que en el “Acting out” los recuerdos dominan a la persona, y en el “Working through” ya es la persona quien logra controlar sus recuerdos. Este es el arduo camino que los sobrevivientes de un evento traumático deben recorrer para sanar sus heridas internas y reconciliarse con su pasado. Esto se encuentra presente a lo largo de toda la obra, pues es posible observar la manera en que Yan pasa de recriminarse a aceptar las acciones que tuvo que tomar.

Con relación a esto, pero con un enfoque centrado en la memoria de una segunda generación, se encuentra el concepto de la posmemoria. Beatriz Sarlo lo define en su obra *Tiempo pasado* como un:

recuerdo público o familiar de hechos auspiciosos o trágicos. El prefijo “post” indicaría lo habitual: es lo que viene después de la memoria de quienes vivieron los hechos y, al establecer con ella esa relación de posterioridad, también tiene conflictos y contradicciones característicos del examen intelectual de un discurso sobre el pasado y de sus efectos sobre la sensibilidad (128).

Con esto se puede abordar el hecho de que la violencia no solo afecta a los individuos, sino que permea en todo lo que les rodea. En el caso de la familia de las víctimas, lo que se puede apreciar es la búsqueda de distintas formas de empatía, así como de la comprensión de un trauma con el que tienen relación pero que no vivieron en carne propia. Asimismo, como se plantea en la novela, la posmemoria también es una forma de sentirse más cerca de aquel ser querido.

Estado de la cuestión

La matanza de chinos en Torreón fue un evento trágico que pasó casi desapercibido durante mucho tiempo. Sin embargo, en la actualidad varios escritores e investigadores, además de Beatriz Rivas, se han dedicado a desenterrar los detalles de lo ocurrido y a plasmarlo en sus escritos. Entre ellos destaca Julián Herbert con *La casa del dolor ajeno* en donde relata, con una mezcla de géneros entre ensayo, crónica y novela, sobre sus viajes a Torreón, sus conversaciones con taxistas de la zona y sus investigaciones en los archivos que aún contienen testimonios.

Otro texto que aborda esta masacre fue la obra titulada *Entre el río Perla y el Nazas* escrita por Juan Puig. Allí expone de manera más detallada la historia de la inmigración china y los motivos que dieron origen a la sinofobia, así como el desarrollo de la matanza y los acontecimientos posteriores.

Por otra parte, se encuentra la novela *Fantasmas del oriente* de Imanol Caneyada. En la cual, aunque no tiene como tema central la matanza, sí aborda elementos esenciales sobre la situación de los chinos en el México de antes y después de la revolución, así como del racismo del que fueron víctimas en varios puntos del país. Lo cual permite ver desde nuevas perspectivas las expresiones que adoptó la sinofobia en aquella época, así como tener un panorama general más amplio sobre el contexto de la época.

La culpa del sobreviviente: el día en que She Yan perdió las lágrimas

La novela *Jamás, nadie* inicia cuando She Yan, tras escapar de la muerte, se esconde en un negocio vecino en donde es auxiliado por un joven estudiante de medicina mexicano quien se apiada de él. En aquel lugar, aún sin sentirse seguro y con los gritos procedentes de la matanza resonando a la distancia, rememora lo que acaba de acontecer hace poco en la lavandería de su familia mientras continúa en un estado de shock. Ha presenciado el asesinato de su padre, su hermano y su primo, los únicos parientes que tenía en este país extraño: “Respira con rapidez y lanza un grito sordo, un gemido animal. She Yan se cubre el rostro con las manos, aunque evita cerrar los párpados: al cerrarlos, la imagen de los cuerpos mutilados de su padre y su hermano, de su primo, lo torturan” (Rivas 12). El instinto de supervivencia lo llevó a esconderse, y este, en conjunto con el pánico, le hizo no proferir sonido alguno y permanecer quieto incluso después de que los asesinos de su familia se hubieran ido. Cuando finalmente puede moverse, el miedo a la muerte y a la violencia lo impulsan a correr lejos de allí, a buscar un lugar seguro. Sin embargo, estas acciones realizadas como respuesta a una situación abrupta y sin la posibilidad de reflexionar antes de decidir, atormentarán la vida de She Yan por mucho tiempo.

El dolor por la pérdida, la frustración por no haber hecho nada, por haberse quedado paralizado y luego haber huído son características recurrentes en la construcción del personaje. “Yan no puede vivir el duelo. No hay cuerpos que enterrar; los tuvo que abandonar para salvar su propia vida” (Rivas 39). Todos estos son elementos que abonan a desarrollar un sentimiento de culpa, a cuestionarse si en realidad él merecía continuar viviendo o si a pesar de todo valía la pena seguir viviendo.

Después de un evento traumático quedan secuelas que marcan a la persona de por vida. En especial cuando involucran emociones que no se terminaron de procesar, que fueron tan intensas que dejan una impresión profunda en el recuerdo. Rememorar el momento es revivir

los sentimientos. Según Muñoz Serna, “el resentimiento se presenta cuando creemos que hemos sido vulnerados de manera injusta por otro, el miedo aparece cuando creemos que estamos en peligro, y la culpa solo puede presentarse en casos en los que un individuo desarrolla un juicio particular de responsabilidad sobre sus propias acciones” (6). Estos sentimientos son evidentes en la novela en el caso de Yan, pues no logra comprender por qué los han atacado. Pero al mismo tiempo revive el arrepentimiento de haberse quedado escondido y la impotencia de cuestionarse aún sabiendo que nunca encontrará una respuesta: “¿Por qué no me atreví a pelear por ellos? Soy un cobarde. No tenía que haberme escondido. Pero, ¿qué podría haber hecho, sin armas, sin nada? ¿Por qué estoy vivo y ellos muertos?” (Rivas 41). Yan entiende que no hay nada que él pudiera haber hecho y también entiende que no hay forma de cambiar el pasado pero eso no le impide sentir culpa por no haber intentado pelear.

Los sobrevivientes de situaciones trágicas o de eventos de violencia extrema tienen el papel de víctimas, son los afectados, quienes han sufrido un daño irreparable. “Ante nuestros ojos ellos no son culpables de nada, sino que son víctimas, cada uno pasó por una situación traumática que los afectó de manera negativa” (Muñoz Serna 17). Pero, para quienes desarrollan un sentimiento de culpa, la racionalización de la injusticia no es de gran ayuda para poder sentirse bien por estar vivos mientras que los demás no han sobrevivido. En la novela, puede verse reflejado en el comportamiento de Yan posterior a la tragedia:

Yan parecía tranquilo, se sentía tranquilo, pero algunas noches, cuando el cansancio lo vencía y llegaban las pesadillas, se daba cuenta de que seguía cargando su pasado y, por lo tanto su destino, como un pesado fardo. Como una roca gigantesca que lo aplastaba. Había escapado de la muerte, pero desde entonces andaba como si fuera un clandestino de la vida, un exiliado de cualquier emoción, [...]. Todavía se arrepentía de no haber permanecido escondido, para siempre, en la lavandería de su padre (Rivas 73).

Es necesario distinguir entre la culpa y la vergüenza, puesto que ambos son sentimientos negativos que se asocian al arrepentimiento, pero que no hacen referencia a lo mismo. Según Muñoz Serna, “mientras la culpa se refiere la responsabilidad por las acciones (u omisiones) de un agente; la vergüenza tiene como objeto al yo de ese agente” (29). Es decir, la culpa se basa en las decisiones tomadas y la vergüenza en la persona misma. Es así que, es posible notar que en She Yan están presentes ambos sentimientos, pues no solo siente culpa por haber sido el único sobreviviente, sino que se avergüenza por la manera en que lo logró: “¿Hombre? ¿Se le puede llamar hombre a quien no se atrevió a defender a los suyos? ¿A quien no tuvo el honor de morir a su lado, luchando?” (Rivas 41). She Yan siente culpa por haber sobrevivido sin haber hecho nada, pero al mismo tiempo siente vergüenza y deshonra por no haber hecho lo que se espera de un hombre: pelear. Aunque también es consciente de que la decisión que tomó era aquella que le aseguraba su supervivencia.

La vergüenza no es el único sentimiento que se relaciona con la culpa, sino que hay distintas emociones que se desprenden de ella. Sobre esto, Muñoz Serna menciona que esta “caracterización de la culpa y del sentimiento que la acompaña revela cómo ella se encuentra íntimamente relacionada con otras emociones, como son el resentimiento y la indignación, en tanto que comparte elementos estructurales con ellas” (31). Yan no solo siente resentimiento e indignación hacia sí mismo, sino que también lo siente hacia aquellos que promueven las ideologías antichinas y hacia quienes están de acuerdo con ellos. Quizá sea este el principal motivo por el que decide unirse al grupo Lao Zi con el propósito de vengar a los suyos. “No sabían bien a bien qué debían hacer, en qué principios tenían que basarse, aunque una única certeza los unía: no podían quedarse de brazos cruzados frente al rechazo y al dolor que varios mexicanos les habían inflingido a los de su raza” (Rivas 117). El unirse a este movimiento es una forma de materializar estos sentimientos y de sentir que está haciendo algo al

respecto, lo cual también funciona como parte de su camino al “working through”, a la aceptación de su pasado.

Es necesario mencionar que el personaje de She Yan [Juan She] también sufre una especie de estrés postraumático. De hecho, la culpa del sobreviviente es un concepto que “en los estudios realizados en el campo de la psicología [...] no cuenta con una caracterización específica, sino que ha sido tomado como una de las formas que adquiere el PTSD (*Post Traumatic Stress Disorder*) o desorden de estrés post-traumático” (Muñoz Serna 35). El trauma nunca desaparece, pues, en el momento en que algo desencadene el recuerdo, este puede volver con toda su fuerza: “—Ya no están en este mundo, es todo lo que puedo contarle —dijo Juan y, enseguida, comenzó a respirar rapidísimo, jalando demasiado aire, como si se estuviera ahogando” (Rivas 134). El trauma de Yan no solo se muestra con secuelas psicológicas, sino que el trauma también lo hace experimentar ansiedad y estrés que desembocan en síntomas físicos. Sin embargo, las consecuencias del trauma no son algo necesariamente definitivo, ya que es posible controlarlo y aprender a vivir con ello. O, al menos, eso es lo que She Yan [Juan She] logró hacer:

En general, Juan estaba satisfecho, aunque por las noches, en su cama, con la mirada fija en el techo grisáceo, no podía dejar de pensar en su duelo contenido. Su padre había sido asesinado hacía veintidos años. ¿Cuántos estaría por cumplir el mes próximo? Había perdido la cuenta, pero no se había olvidado de su mirada... ni de sus palabras. Todos los días, al levantarse, en ese silencio que merecen las ausencias dolorosas, le pedía perdón por no haber podido salvarlo y le agradecía la disciplina que le aprendió desde que era pequeño. [...] A veces sentía que las fuerzas lo estaban dejando atrás, como si ya no quisieran habitar más su cuerpo ni sus ganas (Rivas 150).

Al retomar los conceptos de “Acting out” y “Working through” mencionados en el marco teórico, es posible observar que She Yan con-

siguió pasar del “Acting out”, es decir, de la repetición constante de escenas traumáticas que imposibilitan pensar a futuro, al “Working through”, hacia la distinción del pasado y el presente, no al olvido, sino a la aceptación y la capacidad de mirar hacia el futuro. Es así como She Yan pudo construir una vida en la que no olvidó, pero sí continuó avanzando junto con su esposa y su hija.

La posmemoria: reconstruyendo una historia de vida que siempre me fue negada

La historia que se cuenta a la par de la de She Yan, es la de su hija Mía, quien, años después de la muerte de su padre, comienza a desenterrar un pasado trágico del que no sabe nada. She Yan no fue un padre ejemplar para Mía. Ella describe su forma de ser como alguien taciturno, callado y ensimismado: “para mí era un hombre insensible. Jamás lo vi derramar una lágrima; ni en los peores momentos” (Rivas 31). Sin embargo, en el momento en el que descubre la razón detrás del porqué de su actuar, es cuando comprende el peso que conlleva el silencio de su padre. En palabras de Beatriz Sarlo: “El *shock* habría liquidado la experiencia transmisibile y, en consecuencia, la experiencia en sí misma: lo que se vivió como *shock* era demasiado fuerte para ‘el minúsculo y frágil cuerpo humano’” (30). La profundidad del dolor de She Yan era tanta que no le permitió compartirla con nadie y, del mismo modo, al ser el episodio más impactante de su vida al compararlo con otros momentos podría llegar a parecer insensible al no demostrar expresivamente sus emociones.

El acercamiento de Mía al pasado de su padre comienza gracias a su madre, quien, tras su muerte, le lega un archivo reunido por él, compuesto por cartas, escritos y noticias, en donde el odio hacia los migrantes es el punto central. Esta forma de acceder al pasado, la cual se queda en la lectura de textos y la investigación y que no conlleva una entrevista para conocer de primera mano el testimonio, podría pensarse como una pesquisa que alguien sin conexión con el tema

podría realizar. No obstante, sobre ello Sarlo menciona que: “hay que admitir también que *toda experiencia del pasado es vicaria*, porque implica sujetos que buscan entender algo colocándose, por la imaginación o el conocimiento, en el lugar de quienes lo experimentaron realmente” (129). Es claro en la novela que, a pesar de que nunca hubo una comunicación directa entre padre e hija sobre este tema, sí existe la conexión emocional, la cual lleva a Mía a buscar distintas formas de acercarse a la memoria de quien fue su padre: “En realidad, mi cauteloso acercamiento al budismo de los últimos tres meses (poco tiempo después de abrir la caja), más que religioso ha sido para encontrar una filosofía que me acoja. Y, no he de negarlo, al mismo tiempo por mis ganas de entender más a papá” (Rivas 142). Asimismo, el concepto de posmemoria, además de indicar una transmisión generacional de la historia de los hechos en su dimensión más personal, conlleva también una curiosidad latente.

Los hijos de quienes han sufrido un suceso traumático persiguen la verdad para poder llegar a la comprensión y para poder entender mejor aquello que dejó una huella tan profunda en la vida de uno o ambos progenitores. La posmemoria “no es en principio necesariamente ni más ni menos fragmentaria, ni más ni menos vicaria, ni más ni menos mediada que la reconstrucción realizada por un tercero; pero se diferencia de ella porque está atravesada por el interés subjetivo vivido en términos personales” (Sarlo 131). En la posmemoria, las nuevas generaciones tienen ya una relación con el suceso, no lo ven solo como un hecho impersonal que repercutió en las vidas de miles de personas desconocidas, sino que son capaces de ponerle un nombre y un rostro a las víctimas porque son sus familiares más cercanos. En estos casos, la curiosidad y la empatía son mucho más profundos de lo que podrían llegar a darse en un investigador que no tiene ninguna relación con el suceso.

Para Mía es difícil hablar del pasado, en especial al tratarse de su padre. Ella desconoce su historia, sus raíces y su cultura. Tampoco tuvo una relación cercana con él en la que pudieran conversar sobre

sus sentimientos u otros temas profundos. De modo que no le es posible recordarlo en el sentido de honrar y preservar su memoria. Mía pasa la mayor parte de su vida en la ignorancia. Intenta convencerse de que “lo importante es el presente. Al pasado debemos dejarlo en el pasado. Enterrarlo, de ser posible. Sobre todo, cuando duele tanto” (Rivas 19). Así, adquiere una relevancia aún mayor el proceso de reconstrucción que ella hace sobre la vida de su padre, tanto de sus vivencias como de la tarea que realizó como recopiladora de noticias con relación a la migración. Esto no solo le hará cambiar su perspectiva sobre cómo creía que era su padre, sino que también le hará replantearse la relación distante que mantuvieron toda la vida.

Al igual que hay diversas formas y estrategias para aprender a lidiar con el trauma también hay una amplia variedad de maneras para acercarse y desembocar las emociones, reflexiones, e incluso, cuestionamientos que conlleva la posmemoria. En palabras de Sarlo: “Si se trata del modo en que los hijos procesan la historia de sus padres allí donde hubo fracturas importantes, no sirve identificar sólo una forma invariable” (142-143). En la novela, Mía utiliza el arte, la pintura, como una herramienta para plasmar todo su sentir sobre el pasado de su padre al mismo tiempo que intenta procesar toda la marea de información nueva y los sentimientos que esto le despierta. Es así como en sus cuadros ella encuentra la forma de honrar la memoria de su padre, así como de reflejar lo que implica la vida de un migrante:

Tomo el pincel de pelo de tejón, mi favorito, y con trazos rápidos y firmes, casi alegres, mancillo la virginidad de la tela blanca, en una oda a mi padre. En una deferencia a su historia. En una sinfonía para mi historia, de mi historia. En un homenaje a nuestra historia. A la historia de todos los migrantes. Los que han sido y los que seguirán (Rivas 192).

La posmemoria implica, por lo tanto, un proceso de apropiación y reconstrucción de las memorias ajenas que atraviesa y moldea la identidad de las nuevas generaciones. De manera que pueden sentir y asu-

mir las secuelas de esos eventos, aunque no los hayan experimentado de primera mano. No obstante, “muchos de estos hijos están solos en situación de reconstruir el pasado” (Sarlo 154). Esta es la circunstancia de Mía, quien siempre ha vivido alejada de sus raíces chinas, por lo que ella misma debe desentrañar la historia de su padre mientras aprende a vivir con el remordimiento de no haberlo sabido antes:

¿Por qué papá jamás hablaba de su pasado? Creo entenderlo; le era difícil y doloroso. Pero, ¿y mi madre? Si yo hubiera sabido antes lo que ahora sé, habría visto a mi padre con otros ojos. Jamás me hubiera atrevido a juzgarlo. Lo amo a destiempo. Lo entiendo a deshoras. Es demasiado tarde. ¡Cuánto daría por volver a verlo al menos un rato! (Rivas 143)

Además de la pintura, Mía también busca reconectar con su padre, su pasado y sus raíces al sumergirse dentro de la cultura china poco a poco. Desde investigar algunas de las frases que su padre solía usar, así como visitar el restaurante que She Yan frecuentaba, hasta realizar un viaje a China, específicamente a la ciudad en donde vivieron sus antepasados. Esta es la última parada de la travesía que realizó para reconstruir la historia del pasado que siempre le fue negada. De manera que mediante trayecto se le otorga el entendimiento y la empatía necesarias para poder reparar los problemas irresueltos producto de la relación fracturada con su padre, aunque esto haya ocurrido de manera póstuma. Sin embargo, este reconocimiento sienta las bases para abordar desde la posmemoria una interpretación de lo que su padre vivió. Además de ser una etapa de crecimiento y sanación para Mía, también es importante mencionar que ella no se queda con esta experiencia como desarrollo personal, sino que la expresa y transmite para que otras personas puedan ser partícipes, habla desde el testimonio de su padre para romper el silencio y hacer que su historia no sea olvidada.

Conclusión

En conclusión, este análisis de los sentimientos de culpa del sobreviviente y la posmemoria en la novela de *Jamás, nadie* de Beatriz Rivas revela cómo las heridas psicológicas causadas por situaciones de violencia extrema desembocan en un trauma que permea a las siguientes generaciones y que forma una narrativa de sufrimiento e incompreensión, pero también de resiliencia y empatía. De igual manera, la novela ofrece una reflexión profunda sobre los efectos del trauma colectivo y la difícil relación entre la memoria personal y la memoria heredada. Asimismo, en ella se refleja el contexto de violencia y racismo que predominó durante la época de la revolución, lo cual también contribuye a crear consciencia sobre momentos olvidados de la historia de México.

En la novela, el personaje de She Yan representa el arrepentimiento no expresado y la culpa del sobreviviente. Aunque él no es directamente responsable de los eventos que marcan su vida, se ve atrapado por el remordimiento causado por el no haber podido ayudar a sus familiares cuando fueron asesinados y por haber seguido con vida. Estos sentimientos se ven amplificados por el hecho de que no tiene la oportunidad de procesar el dolor de la pérdida, pues el racismo y la violencia del entorno le niegan un espacio para abrirse a la vulnerabilidad. La memoria, en su caso, se manifiesta como una carga que lleva internamente pero que no logra transmitir a sus descendientes, ya que el trauma no se verbaliza, sino que se silencia y se oculta, casi como una condena que nunca se resuelve. Sin embargo, su elección de callar, de mantener para sí el sufrimiento de una experiencia cruel, proviene del amor. She Yan no comparte con su hija su pasado para evitarle el dolor que él experimentó como resultado de la sinofobia presente en la época de su juventud.

Por otro lado, Mía representa el deseo por comprender un pasado del que es portadora aún sin haberlo vivido. En su esfuerzo por entender a su padre y las razones detrás de sus actitudes y su aparente desapego emocional, pone en evidencia la transmisión indirecta de la memoria. Mía reconstruye una historia heredada que no respon-

de a la forma de un relato oral, sino que se encuentra presente en un archivo compuesto por diversos tipos de textos. Este proceso de reconstrucción del pasado a través de los fragmentos de información que ella recopila es una clara manifestación de la posmemoria, donde el conocimiento sobre los traumas y las tragedias surge del deseo de entender y se construye a partir de las huellas que dejaron los padres, tanto si lo hicieron con la esperanza de que fueran seguidas como si no.

En definitiva, esta obra nos invita a reflexionar sobre los efectos duraderos de los traumas históricos, la importancia de la memoria en la reconstrucción del pasado y cómo las heridas no resueltas continúan influyendo en las generaciones futuras, incluso cuando los recuerdos se transmiten de manera indirecta. La posmemoria como concepto ayuda a entender cómo el sufrimiento del pasado se convierte en parte del legado emocional de los sobrevivientes y cómo las nuevas generaciones intentan reconciliarse con un pasado que no vivieron, pero que sigue siendo parte de su identidad.

Referencias

- Caneyada, Imanol. *Fantasmas del oriente*. Planeta, 2021.
- Gómez Izquierdo, Jorge. *El Movimiento antichino en México (1871-1934)*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1992.
- Herbert, Julián. *La casa del dolor ajeno*. Literatura Random House, 2015.
- LaCapra, Dominick. *Escribir la historia, escribir el trauma*. Nueva Visión, 2005.
- Lange, Matthew. *Killing Others: A Natural History of Ethnic Violence*. Cornell University Press, 2017.
- Muñoz Serna, Carlos Andrés. *Culpa sin trasgresión: un análisis filosófico de la culpa del sobreviviente*. 2018. Universidad del Rosario, Tesis de Maestría.
- Puig, Juan. *Entre el río Perla y el Nazas*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992.
- Rivas, Beatriz. *Jamás, nadie*. Alfaguara, 2017.
- Romero, Robert Chao. *The Chinese in Mexico 1882-1940*. The University of Arizona Press, 2010.
- Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Siglo XXI, 2006.